

se de Cristo: «Quien se sirva de la espada, por la espada morirá.» Por haber olvidado esta frase, la segunda mitad del siglo XIX verá de nuevo las hecatombes de sus primeros años y gemirá bajo el peso de catástrofes que entorpecerán la marcha de la civilización, comprometiendo el porvenir del género humano.

Napoleón III había abierto la Exposición universal el 15 de mayo de 1855, y al día siguiente, el 16, recibía un telegrama por el cual el general Canrobert presentaba su dimisión de general en jefe del ejército de Oriente. Veamos lo que había ocurrido en Crimea desde el principio del año y qué dificultades inextricables habían inducido al intrépido general á resignar el mando.

XXXVIII

EL GENERAL CANROBERT

Tan brillante y alegre había sido el invierno en París como doloroso y lúgubre en Crimea. A las lluvias torrenciales que habían caído en los últimos días de 1854, siguiéronse desde el principio de enero de 1855 la nieve, el hielo, las borrascas glaciales y los huracanes del Norte. Los hombres que habían pasado veinticuatro horas en el cieno helado y profundo de la trinchera no encontraban al volver á las tiendas ni un poco de fuego para calentar sus miembros ataridos, y de aquí las congelaciones que exigían operar, casi siempre con funesto resultado. La meseta del Quersoneso parecía un círculo del infierno del Dante.

El general Canrobert escribía: «El ejército conservará largo tiempo recuerdo del día 16 de enero. Durante veinticuatro horas no ha dejado de reinar la noche sobre nuestros vivacs; espesas nubes inundaban la atmósfera de un polvo de nieve, é impelidas por un viento helado del Nordeste, llegaban hasta el suelo. No se podría imaginar situación más violenta, y sin embargo, en ninguna parte ha habido desaliento ni desorden.»

El general tenía en supremo grado el talento de mantener la moral de las tropas en medio de los más lamentables padecimientos. A este hombre de guerra, esencialmente bueno y humano, de ningún modo se le hubiera podido aplicar la frase de Bossuet: «¡Lejos de nosotros los héroes sin humanidad! Podrán imponer respeto é infundir admiración, como los objetos extraordinarios; pero no atraerán los corazones.» Canrobert, no obstante, se los ganaba, porque amaba á sus soldados como un buen padre á sus hijos. Su palabra algo enfática, pero siempre vibrante, elocuente y generosa, producía gran impresión en las tropas; modelo de abnegación, de desinterés y de bravura, pródigo de su sangre y avaro de la de los otros, estimulaba, consolaba y fortalecía á sus soldados con su ejemplo. Yo le he conocido mucho. Cierta día me dijo, refiriéndome sus primeras campañas: «Amaba la guerra como se ama á una querida.» Pero aunque la amase con pasión, deploraba más que nadie sus miserias. En el alma de aquel Bayardo moderno había un fondo incomparable de bondad y de compasión.

M. Carlos Bocher, ayudante de campo del general en jefe, escribía el 21 de abril de 1855: «Breves combates cada noche ponían de relieve el valor de nuestros soldados. Los rusos construyen sin cesar obras defensivas cerca de nuestros

trabajos á fin de paralizarlos y cubrir al mismo tiempo los aproches de su ciudad, y se trata de tomarlas. Es una operación delicada y peligrosa que no se puede efectuar sino de noche; perdemos mucha gente, y el general no firma una de esas órdenes de combate sin profundo pesar. Para dar idea de sus sentimientos humanitarios, diré que últimamente, al pasar revista á un destacamento que debía ir por la noche á practicar una de esas operaciones, y como previese que sería sangrienta, habló á los soldados en los términos más propios para enardecer su valor, acabando por decir, que si alguno sentía desfallecer su corazón ante el peligro, podía volver tranquilamente á su tienda sin temor de que se le hiciera nada. El general hubiera cumplido su palabra; pero no hubiera podido dirigir á su gente un lenguaje más adecuado para conmovérsela é inspirarla los más elevados sentimientos.»

Canrobert iba todos los días á las trincheras y se presentaba en los sitios más expuestos. Después de una inspección peligrosa, llena de incidentes trágicos, oíasele exclamar: «Véase cómo el camino de la gloria está sembrado de dolores y de ruinas.» Y acababa de pasar el día en las ambulancias, diciendo: «Esto es el reverso de la medalla.» Consolaba con buenas palabras á los heridos, prometía recompensas, y les distribuía el importe de su paga, sin querer guardar nada para sí. Su cuartel general, tan bien descrito en la obra de monsieur Carlos Bocher *Cartas y relatos militares*, parecía la vivienda de un anacoreta. Situado sobre un suelo desnudo, donde, cuando hacía mal tiempo, se hundía uno, ya en la nieve ó ya en el cieno, componíase de algunas tiendas muy deterioradas por las lluvias. Tan duro para sí mismo como benévolo para los demás, dormía y trabajaba en una simple tienda de soldado; su mesa era frugal como la de un monje; pero después de la cena hacía olvidar á sus convidados la mala cocina refiriéndoles algún hermoso hecho de armas.

Nacido en 1809, el general Canrobert contaba entonces cuarenta y cinco años, y desde su infancia había tenido las cualidades del verdadero soldado. Cierta día refirió que cuando á la edad de diez años fué necesario enviarle al instituto de Senlis, donde se educaba á los hijos de los caballeros de San Luis sin fortuna, su padre le montó en un caballo de granja y le condujo á la grupa hasta Brives-la-Gaillarde. Allí el niño fué confiado al conductor del correo para que lo llevara á París, á casa de su tío, el general Marbot (el célebre historiador militar), quien le condujo á Senlis. Cuando el joven Canrobert salió de la escuela militar de Saint-Cyr, su madre, haciendo un sacrificio, le entregó quince luises de oro, que le parecieron una fortuna, y esta fué la única suma que recibió de sus padres durante toda su carrera. En Africa fué uno de los oficiales más populares del ejército, y se distinguió en el asalto de Constantina, donde fué herido en la brecha junto al coronel Combes, quien antes de expirar le recomendó al mariscal Valée con estas palabras: «Es un oficial de porvenir.» En 1849 fué uno de los primeros en subir al asalto de Zaatcha, y se le nombró comendador de la Legión de Honor. General de brigada con motivo del golpe de Estado,

no quiso recibir las tres estrellas por un hecho de guerra civil, y no llegó á ser general de división hasta el 14 de enero de 1853.

Modelo de virtudes militares, Canrobert hablaba como cristiano de la guerra y de la gloria. En la misma víspera del día en que fué muerto el joven general de Lavarande, le decía: «No he olvidado jamás la inscripción grabada en la puerta del cementerio de Senlis: *Hic arguantur vanitatis preterita*: Aquí es donde todas las vanidades del mundo tendrán que rendir cuentas.» El sentimiento religioso se encuentra siempre en los héroes de Crimea, lo mismo en Saint-Arnaud y Canrobert que en Bosquet. En marzo de 1855, después de un terrible combate trabado en las tinieblas, este último general escribía: «¡Qué noche! Aquí es donde se aprende á fijar los ojos en el cielo, ofreciendo el alma á Dios, guardando y utilizando para la patria el corazón y la espada. Dios está por nosotros, pues ganamos grandes partidas bien aventuradas, y cada cual de nosotros ve el efecto de las oraciones de nuestras madres y de todos los honrados corazones de Francia.»

No se necesitaba poco la fuerza divina para sostener las almas en medio de tantas pruebas, pues la guerra no había revestido jamás un aspecto tan horrible. Hubiérase dicho que se combatía en los infiernos. Escuchemos al general Fay: «El combate al aire libre y en pleno sol parecía no ser más que un juego en comparación del trabajo en las entrañas de la tierra y de los peligros que le acompañaban; aquí el minero, oyendo á su alrededor los azadonazos del minero enemigo, meditaba cómo sorprenderle, cuando no era sorprendido él mismo; y sin cesar estaba expuesto á carecer de aire y á caer asfixiado por el gas de las minas enemigas.... Con frecuencia algunos hombres cogían bombas humeantes en la trinchera, y con peligro de su vida arrojábanlas por encima del parapeto, salvando así á no pocos compañeros por su presencia de ánimo y su valor.»

El domingo 8 de abril de 1855 se echaban á vuelo las campanas en las iglesias de Sebastopol, y los rusos se daban el beso de paz. Era la fiesta de Pascua; pero ¡ay!, al día siguiente, 9 de abril, los horrores de la guerra debían continuar con redoblada furia. Los aliados rompían otra vez el fuego contra la ciudad con un bombardeo infernal. Aquel día una tempestad terrible siguió á los veinte días de buen tiempo que se habían tenido; el viento y la lluvia no cesaron; una densa niebla dificultaba el tiro y apenas permitía ver las obras de los rusos. Las trincheras estaban inundadas, y el bombardeo duró diez días consecutivos, sin más resultado que dejar fuera de combate á seis mil ciento veintiún rusos, mil quinientos ochenta y siete franceses y doscientos sesenta y tres ingleses. Entre las víctimas se contaba el general Bizot, que tan admirablemente mandaba los ingenieros; fué herido de muerte el 11 de abril, y se vió á Omer-Bajá y sus oficiales musulmanes echar agua bendita sobre el cuerpo de un cristiano. El general Canrobert pronunció palabras que hicieron asomar las lágrimas á los ojos de cuantos las oyeron, y escribió al general Bosquet: «La muerte del general

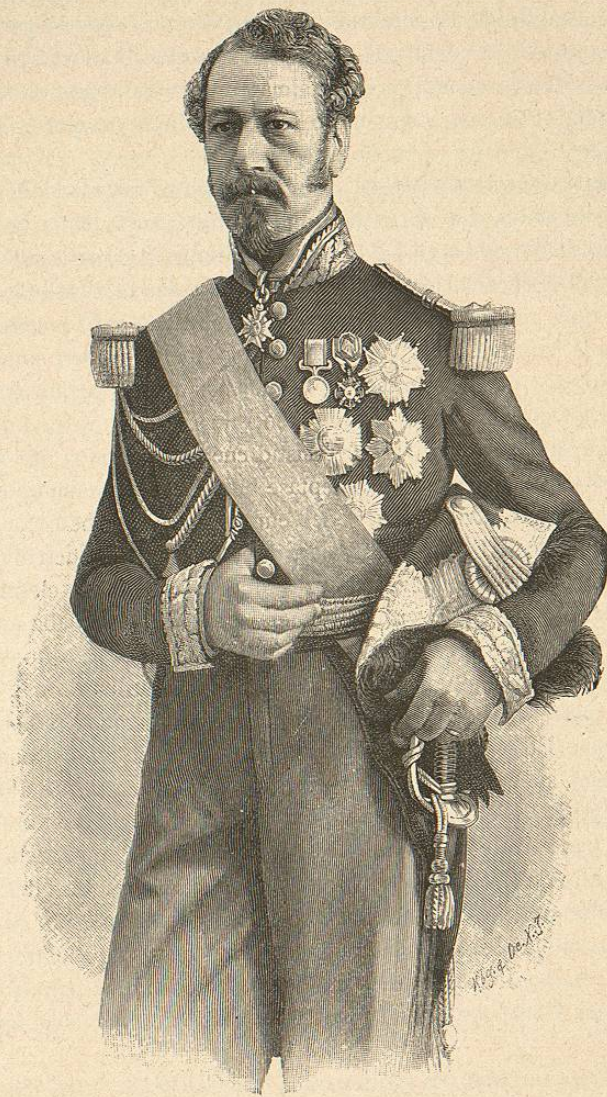
Bizot es uno de los más amargos pesares que he sufrido en toda mi vida;» y al mariscal Vaillant: «Esta muerte es una verdadera desgracia pública, y un duelo para todo el ejército, en el cual tenía el general Bizot la popularidad más dignamente adquirida..... Nuestros soldados le conocían todos, admiraban su ardimiento y su bravura, y extrañábase todos los días verle volver á la trinchera después de los peligros que se le veía arrostrar con una indiferencia y una alegría que comunicaban á su valor un carácter particular.»

Inquietudes y vacilaciones crueles agitaban en aquel momento el alma del general Canrobert. Combatido por influencias contradictorias, y no pudiendo satisfacer á la vez al emperador y á los aliados, retrocedía, sobre todo, ante la hecatombe final sin la que sería imposible la toma de Sebastopol. El 17 de abril fué cuando el general Niel, que había sustituido al general Bizot como jefe de ingenieros, escribía á Napoleón III: «El asalto es tan difícil, tan peligroso para el ejército, que llegado el momento, se retrocede ante la empresa. La verdad es que en este pretendido sitio se persigue un objeto que no se osa alcanzar cuando se está cerca, no habiendo más solución que embestir la ciudad.» Tal era también la opinión del general en jefe; pero los ingleses no querían oír hablar más que de la continuación del sitio y rehusaban toda participación en ninguna otra operación militar. Para que hubiese unidad en el mando se hubiera necesitado un generalísimo; pero no le había. En vano Napoleón III, que desde el fondo de su gabinete en las Tullerías no dejaba de dar al ejército, ya que no órdenes, por lo menos consejos, insistió en una campaña á larga distancia en el interior de Crimea, á fin de llegar al asalto de Sebastopol; lord Raglan se negó obstinadamente á poner en ejecución este plan.

Desesperando de poder remediar una situación tan enredada, el general Canrobert dirigió al emperador un telegrama cifrado que decía: «Crimea, 16 mayo, á las diez de la mañana. Mi salud y mi ánimo, fatigados por una tensión constante, no me permiten soportar más el peso de una inmensa responsabilidad. Mi deber para con mi soberano y mi país me obliga á rogaros que tengáis á bien transferir al general Pelissier, jefe hábil y de gran experiencia, la carta orden que tengo para él. El ejército que le dejaré está intacto, es aguerrido, entusiasta y confiado. Suplico al emperador que me deje un lugar de combatiente á la cabeza de una simple división.»

Grande fué la sorpresa del ejército cuando supo, el 19 de mayo, que el general Canrobert había resignado el mando en jefe en el general Pelissier y no era ya más que el jefe de su antigua división (1.^a del 2.^o cuerpo). El sentimiento fué universal: si el hombre que daba con tanta sencillez semejante ejemplo de abnegación hubiese muerto, no se hubiera tenido mayor pena.

Simple jefe de división otra vez, el general Canrobert fué modelo de abnegación y disciplina, y se exponía más que nunca. Su ayudante de campo escribía en 14 de julio: «Raro es que al día siguiente de una guardia no asista yo al entierro de algún oficial conocido. La vida se pasa aquí en medio de los muer-



El general Niel

tos; á la entrada de las trincheras hay grandes fosas dispuestas para su sepultura; cada día se abren otras nuevas, y cerca de ellas, en el camino de las trincheras, se han establecido ambulancias. Es un paseo poco propio para recrearse, y sin embargo, nadie se conmueve, porque nos acostumbramos á todo. Por lo demás, la Providencia comunica á las almas una moral digna de las situaciones extremas que les reserva; y es preciso que sea así, puesto que no se ve á nadie desfallecer.»

El general Canrobert ayudaba escrupulosamente á sus soldados á sufrir con paciencia sus males, y al verle tan firme, tan resignado, nadie se hubiera atrevido á quejarse. Sin embargo, su salud se debilitaba, y el mariscal Vaillant escribió al general Niel: «Decid al general Canrobert que es absolutamente preciso que venga aquí, aunque solamente sea por algún tiempo. El emperador lo quiere así, pues le han dicho por varios conductos que Canrobert sufría, que padecía de los ojos, y que los dolores no le dejaban apenas permanecer á caballo. El emperador quiere que ese digno general descanse; ya podrá reunirse un poco más adelante con su división. Insistid enérgicamente en que regrese.» Pelissier aconsejaba á su amigo que aceptase un descanso momentáneo, bien justificado y conforme con el deseo del emperador. Canrobert contestaba: «Si acepto mi regreso á Francia por causa de salud, daré á nuestro ejército mal ejemplo, y me precio de no haberle dado nunca y de no dársele más que bueno.» Tal vez se creía que el antiguo general en jefe conservaba una autoridad moral y un prestigio que en adelante no debía pertenecer más que á su sucesor. Como quiera que sea, el emperador debió dar una orden formal, invitando á Canrobert, que era su ayudante de campo, á ir á encargarse del servicio cerca de su persona. El general hubo de obedecer. El 4 de agosto una escolta de oficiales y jefes superiores le acompañó hasta la playa, y desde allí se trasladó con el general Pelissier á bordo del *Montebello*, donde el almirante Bruat ofreció un gran banquete en su honor. Después se embarcó, muy triste y conmovido, en el buque destinado á conducirlo á Francia. Los cañones del barco almirante le saludaron á título de antiguo general en jefe del ejército de Oriente.

Canrobert había observado la conducta de un héroe de Plutarco. Los dos y medio meses que acababa de pasar en Crimea como simple jefe de división debían contribuir á su popularidad y su gloria más que todas sus anteriores hazañas.

Nada expresa tan bien los sentimientos que Canrobert inspiraba á sus compañeros de armas como la siguiente carta del general Bosquet, de quien acababa de ser sucesivamente jefe y subordinado: «11 agosto de 1855. Cuando te entreguen esta carta, querida madre, ya sabrás que mi hermano de armas Canrobert ha salido de Crimea, llamado á París por una orden formal del emperador, que quiere tenerle á su lado. No nos hemos despedido sin emoción; sabe que rezas por él como por mí, y que en tus santas oraciones somos hermanos por segunda vez. Tal vez irá forzosamente á probar las aguas de Barèges para remediar cierta

rigidez que las fatigas y los fríos le han ocasionado en una rodilla. Me dijo, para consolarme, que seguramente iría á Pau. Sentado junto á ti, con tus manos en las tuyas, te contará todo lo que tú quieras, contestando á todas tus preguntas, con pleno conocimiento de causa, porque desde hace diez y ocho meses hemos vivido cerca uno de otro, viéndonos casi todos los días. Te agradará mucho tenerlo un momento á tu lado... ¡Su fisonomía es tan dulce y expresa tan bien todo cuanto hay de benévolo y generoso en su corazón! Hace ya siete días que nos dejó; los cuento en cierto modo como los amantes separados uno de otro; pero no hay nada de celos en este sentimiento, porque estoy seguro, de buena fe, que piensa en mí como yo en él.» ¡Felices los hombres de guerra valerosos que tan bien se hacen justicia mutuamente! Los paladines de la Edad media, los héroes de las Cruzadas, no fueron más caballerescos.